

Dar la vida por mis descamisados

Escrito de Eva Perón

Hoy es Navidad, Navidad de 1950.

Anoche, en cinco millones de hogares argentinos se brindó con la sidra y se comió el pan dulce de “Perón y Evita”.

También esto han criticado violentamente nuestros adversarios.

Nos han dicho que tirábamos migajas sobre la mesa de los argentinos y que comprábamos así la voluntad del pueblo.

Nosotros seguimos haciendo lo mismo de la misma manera, todos los años.

“¿Ladran? ¡Señal que cabalgamos!”

Pero no son migajas. Yo sé que en vez de una botella de sidra sería mejor una docena de botellas de “cham-pagne”... y en vez de un pan dulce, un canasto lleno de regalos.

No se dan cuenta los mediocres que nuestra sidra y nuestro pan dulce son nada más que un símbolo de nuestra unión con el pueblo.

Es nuestro corazón (el de Perón y el mío) que quiere reunir en la nochebuena a todos los corazones descami-sados de la Patria, en un abrazo inmenso, fraternal y cariñoso.

De alguna manera queremos estar en la mesa familiar de los argentinos.

Hemos elegido esa manera porque nos ha parecido la más cordial y la más digna.

Un regalo, por más rico que sea, a veces ofende.

Pero un recuerdo cuando más sencillo parece que lleva más amor.

Esto es lo que queremos llevar a cada hogar argentino con nuestra sidra y nuestro pan dulce.

Anoche, como todos los años, al promediar la nochebuena, hablé a los descamisados en un mensaje radial.

Les dije que para mí la nochebuena les pertenece con derecho de propiedad exclusivo.

La nochebuena es de los pobres, de los humildes, de los descamisados desde que Cristo, despreciado por los ricos que le cerraron todas las puertas, fue a nacer en un establo... y ¿acaso los ángeles no llamaron a los pastores, a los hombres más humildes y pobres de Belén... y únicamente a ellos le comunicaron la buena nueva que venía a alegrar el mundo?

Únicamente a los pastores, a los humildes, a los pobres les fue anunciada la “paz a los hombres de buena voluntad...”

¿Qué tiene de raro que Perón sólo luche por la felicidad de los descamisados?

¡Los otros, los demás, ya tienen la felicidad que ellos mismos se pueden construir!

El tema y el día me hacen seguir hablando de Dios y de los pobres.

Muchas veces cuando pienso en mi destino, en la misión que debo cumplir, en la lucha que esa misión me exige, me siento débil.

¡Es tan grande la lucha y son tan pocas mis fuerzas!

En “esos momentos” creo que siento necesidad de Dios...

Yo no lo invoco a Dios a cada rato.

Recuerdo que alguien un día me rogó que fuese más “cristiana”, y que invocase más frecuentemente a Dios en mis discursos, y en mi actividad pública.

Quiero dejar aquí en estos apuntes la respuesta que le di, porque me he prometido ser sincera en todo... también en esto:

—Es cierto lo que Ud. Dice. Yo no invoco a Dios muy frecuentemente. La verdad es que no lo quiero complicar a Dios en el bochinche “de mis cosas”. Además, casi nunca lo molesto a Dios pidiéndole que me recuerde, y nunca reclamo nada para mí. Pero lo quiero a Cristo mucho más de lo que Ud. Cree: yo lo quiero en los descamisados. ¿Acaso no dijo El que estaría en los pobres, en los enfermos, en los que tuviesen hambre y en los que tuviesen sed?

Yo no creo que Dios necesite que lo tengamos siempre en los labios. Perón me ha enseñado que más vale llevarlo en el corazón. Yo soy cristiana por ser católica, practico mi religión como puedo y creo firmemente que el primer mandamiento es el del amor. El mismo Cristo dijo que... “nadie ama más que el que da la vida por sus amigos”.

Si alguna vez lo molesto a Dios con algún pedido mío es para eso: para que me ayude a dar la vida por mis descamisados.